

no pocos artificios, un hombre enemigo de su dicha, en vez de ver en él, á la antigua usanza, á su mejor amigo. Esta conducta es el semillero de mil discordias domésticas.

Una madre joven, amable, hermosa y de las más inteligentes que conozco, y que puede citarse como una de las mejores muestras de nuestras norteamericanas, me dijo el otro día: "Mis hijos tienen lo necesario, y sobre todo, pueden abrirse camino por el mundo como tantos otros, pero en cuanto á mis hijas, prometo á usted que moveré cielos y tierra á fin de que sus maridos tengan por ellas toda clase de consideraciones; no, no habrán de ser molidas hasta ser reducidas á polvo."

Esta declaración hecha por una mujer que tiene un marido que se desvive por ella, me sorprendió y no pude ménos de replicarle:

—¿Pero porqué quiere usted dar sus hijas por esposos á hombres que en cierto modo tienen que prestar fianza personal é hipotecar sus bienes?

—"Yo aspiro, contestó, á que mis hijas se casen con hombres que las traten bien ante todo, y por esto es por lo que deseo que ellas no vayan con las manos vueltas al matrimonio y puedan gastar de lo suyo. Esta es una buena seguridad en los tiempos que corren."

No pude ménos de suspirar al oír tal contestación. ¿Nuestros americanos se han vuelto tan mercenarios y tan duros, que no pueden tratar bien sino á las mujeres que tienen dote? Recordó mentalmente la doctrina, hoy en desuso, de la comunidad de intereses entre marido y mujer, y me pregunté á mi misma: ¿si amistades gobernadas por tales máximas y cosas arregladas desde un principio por ellas, tendrían en sí el elemento tan anticuado de la supremacía de la mujer en el hogar doméstico por el amor? Es inútil decir la respuesta que me di á mi misma.

La doncella católica de edad avanzada tiene en la sociedad de los católicos un lugar respetable tanto como el que ocupa la mujer casada, y por el espíritu de su religión se merecen distinciones por la vocación al celibato. Sabemos de muchas personas de esta clase, que son para los viejos guía, amparo y consuelo en muchas necesidades.

Realmente, la doncella católica no tiene porqué desconsolararse si no tiene vocación para el matrimonio; porque sabe que hace mejor permaneciendo soltera que casándose sin vocación. Esta cuestión antes de resolverse debe ser considerada con toda detención. Así es que la mujer católica abraza cualquiera de los dos estados con todo conocimiento.

Soporta con valor los dolores que trae consigo la maternidad y recibe como un don del cielo sus santas alegrías. La madre católica norteamericana puede gloriarse desde hoy con que sus hijos harán parte muy respetable de los ciudadanos de nuestra gran república. Levántense, pues, á par de su destino ó instruyan á sus hijos en los principios de la verdadera religión. No hay humillación mayor ni hay suerte más desgraciada que la de la mujer que no puede enseñar á sus hijos á amar al Dios á quien adora.

Mucho más eficaz es el voto de la mujer dado por boca de sus hijos, instruidos por ella en las máximas de la verdadera religión, que el sufragio de la mujer ofrecido á ella para que vaya á votar (tal vez en cinta) como un patán junto á las urnas electorales, con algun herrero de fuerzas hercúleas.

No tienen excusa las mujeres católicas si no desechan los halagos del mundo, si no desdennan los relambrados del "Kaldioscopio" de las vanidades á la moda; y si no fijan todo su cuidado en tener por norte la madre de los buenos y antiguos días; modelo será esta para ellos si lo copian amigo y protector, que las tendrá apartadas de las agitaciones que enloquecen y de los vanos intentos de reconstruir el derecho de las mujeres con los escorbos de lo que fueron sus prerogativas.

¿El sufragio de la mujer! ¿Qué será esto si se consigue? Meter el pie en el lodo de las contencidas políticas, y á lugares en donde el hombre más fuerte y avisado se ensucia. ¿A qué irá á las urnas una mujer? ¿A perder y no ganar, porque el resultado será el mismo con ellas que sin ellas, porque el hombre hará de modo que el negocio se arregle segun sus propias miras.

El decreto del Todopoderoso, que le previene á la mujer: "tú estarás sometida á tu marido y él tendrá dominio sobre tí", no es de los que caen en desuso.

(De La Sociedad de Lima).

DE LA INFLUENCIA DE LA EDUCACION

sobre la moralidad y el bienestar de las clases obreras, por A. P. Deschamps.

(Traducido por Oraciliano Acero, Subdirector de la Escuela normal nacional establecida en el Estado soberano de Antioquia.)

PARTE SEGUNDA.

INFLUENCIA DE LA EDUCACION SOBRE LA MORALIDAD.

CAPITULO QUINTO.

Moralidad en Suiza.

Ya he tenido ocasion, más arriba, de hablar de la Suiza alemana, y de mostrar toda su semejanza con la Alemania en cuanto á sus instituciones sobre enseñanza primaria, y sobre todo, respecto á la situación moral, con la notable diferencia de que en la Suiza desde largo tiempo atrás, se introdujo el espíritu liberal. Las poblaciones son allí más independientes y la iniciativa personal tiene gran predominio, estando poco dispuestos sus habitantes á esperar todo del Estado. La vida de familia es el fundamento de la existencia de la Suiza alemana. En estas bellas comarcas, abundantes en recuerdos nacionales, el hombre vive feliz, ufano de pertenecer á una nación libre, satisfecho de tomar una sencilla parte en la organización militar del país, que honra su amor propio sin separarlo de sus ocupaciones cotidianas, celoso de transmitir á sus hijos la educación que él mismo ha recibido y cuya saludable influencia ha experimentado desde su juventud.

M. Luis Reybaud hace de la población del canton de San Galo un cuadro que se puede muy bien aplicar á toda la Suiza del Norte.

"Basta, dice él, haber vivido unos pocos días en ese pueblo para formarse la mejor opinion. Verdad es que no está allí uno completamente á cubierto del contagio tan activo de la vida fabril; hay tambien tuberías, y en gran número; pero los excesos jamas son frecuentes. Raro es tambien que los jóvenes abusen de la libertad casi absoluta de que disfrutan, así, pues, los extravíos son por excepcion; reinando una supervigilancia mutua en los lugares en que todo se comienza suficientemente para la policía de las costumbres. Estas son desde luego buenas y sanas; en la primera edad todos los niños van á la escuela, más tarde el trabajo se apodera de ellos y los preserva, y poca presa queda para los malos hábitos engendrados por la ociosidad. En los días feriados tienen sus pasatiempos predilectos, como sociedades de canto, reuniones de baile, el tiro de carabina, &c; Yo he asistido á estas reuniones donde se respira un aire de alegría y franqueza con todo sus encantos; de este modo matienen el instinto musical que es familiar entre los alemanes y los gustos militares con que se distingue el temperamento nacional."

Si descendemos al Sur de Suiza, dejando á un lado á Ginebra, que es como una continuación de la Suiza alemana, hallémos una civilización mucho ménos adelantada, y cierta languidez intelectual. Frecuentemente he oído con pena echar en cara esta situación al catolicismo, y sacar de aquí un argumento en favor de las instituciones protestantes. Pero no será que el protestantismo, habiendo poseído la educación como ley vital de su existencia, el progreso de las luces ha producido el de las costumbres? Vimos en Alemania que la Prusia Renana católica no está en nada atrás de las demas partes las más civilizadas de la Alemania protestante. ¿Por qué esos cantones católicos no vuelven á tomar el nivel de la civilización, activando el entusiasmo por la enseñanza popular? Tienen es cierto en algunas partes varias dificultades que vencer respecto al clima y á la higiene; el eretismo, que aflige al Valais y algunos otros países montañosos, presenta problemas que la ciencia no ha resuelto todavia; no obstante, confío en que al fin se triunfará, y que estas poblaciones católicas aspirarán á obtener la estimación de la Europa, ocupándose de la educación como del primero de sus deberes políticos.